

Título: **Buscando a Juan Blimp: una *aventi* sobre Juan Antonio Porto**

Autora: Isabel Arquero Blanco

“Buscando a *Juan Blimp*” es una *aventi* sobre el profesor y maestro de guionistas Juan Antonio Porto. Como todas las *aventis*, la de *Juan Blimp* contiene una parte de ficción y otra contada de oídas. Ciertamente es que Juan Antonio Porto firmó algunas de sus críticas cinematográficas con el seudónimo *Juan Blimp*, si bien *aventi* es un término ingenioso que debemos a Juan Marsé. Lo acuñó en su novela *Si te dicen que caí* (1973) para referirse a las aventuras —historias inventadas— a las que jugaba de niño en el barrio barcelonés del Guinardó durante los años de la posguerra.

La mayoría de las *aventis* —narraciones orales improvisadas— se inspiraban en los tebeos, las novelas de aventuras de Julio Verne, Robert Louis Stevenson o Emilio Salgari y, sobre todo, en las películas de indios, “el lugar poético del *wenster*”, como lo denominó Ángel Fernández Santos. Así se recrearon *aventis* como “Apaches galopando en las playas de Arizona” (Marsé: 2011: 52). Poco importaba que Arizona no tuviera playa, si el *Salvaje Oeste* era un territorio del cine en el que la fantasía viajaba a sus anchas. Las mejores *aventis* eran las que no tenían ni pies ni cabeza.

El personaje *Juan Blimp* se inspira en *El General Blimp*, protagonista de la película británica *The Life and Death of Colonel Blimp* (Michael Powell y Emeric Pressburger, 1943). El título, que deslució el alto rango del militar inglés, pretendía aprovechar la popularidad de las viñetas sobre un viejo militar gordinflón, apodado *Colonel Blimp*, publicadas por el dibujante David Low en el vespertino *Evening Standard* para criticar a los mandos ingleses de la clase alta. *Blimp* era el nombre satírico que se daba a cierto tipo de oficiales que defendían la caballería, el juego limpio, y aquellas divisas del honor consideradas ineficaces para las estrategias de guerra que requerían los nuevos tiempos.

El General Blimp, de nombre *Clive Wynne-Candy* (Roger Livesey), encarna los ideales victorianos. El héroe se presenta en la sauna de su club de oficiales, ya en la senectud, y ya degradado a jefe de maniobras de la defensa civil. Los directores Powell y Pressburger recurren a un *flashback* para narrar la carrera del militar, acaecida durante cuarenta años: desde la Segunda Guerra Mundial, en la que se encuentra inmerso, hasta su regreso de la Guerra de los Boers y su periplo posterior en los años de la Primera Guerra Mundial.

Clive Candy aparece en escena en technicolor¹; calvo y con un mostacho *tipo morsa*, acorde a la caricatura de David Low. “La guerra empieza a medianoche”, increpa el general a un joven oficial de maniobras que pretende ejecutar la orden de ataque antes de lo pactado. El joven procede sin respetar las reglas —tal y como lo haría el enemigo— para dar verosimilitud al simulacro.

Prontamente sabremos que el joven *Clive Candy* había sido un capitán valeroso, condecorado con la *Victoria Cross* (VC), la medalla más alta que con la que puede ser laureado un militar de la *Commonwealth*. Su amistad con el oficial prusiano *Theo Kretschmar-Schuldorff* (Anton Walbrook), con quien primeramente se había batido a duelo, durará toda la vida. Igual que el amor del general por *Edith Hunter* (Deborah

¹ Se trata de la primera película de guerra de Powell y Pressburger rodada en color.

Kerr), una institutriz sufragista que acaba casándose con su amigo *Theo*. *El General Blimp* estará enamorado de esta mujer para siempre y la reencontrará en su sosias, *Barbara Wynne* —la enfermera con quien contrae matrimonio—, y, finalmente, en *Angela*, “*Johnnie*” *Cannon*, su conductora del servicio civil. Las tres mujeres de *Clive Candy* están interpretadas por Deborah Kerr, una audaz puesta en escena para encarnar el amor eterno. “*Candy* así tiene siempre una imagen inerte, de eterna juventud que contrasta con su envejecimiento. Es la imagen de un tiempo mental que permanece vigente desde el primer día” (Esteve: 2002: 202).



David Low presentaba a los militares británicos en baños turcos. © Atlantic Syndication

La amistad del *General Blimp* con Arthur Conan Doyle, fraguada durante la Guerra de los Bóers, cautivó enseguida al escritor Juan Antonio Porto. *Sherlock Holmes* le había servido de inspiración para bautizar a algunos de sus personajes cinematográficos; tanto que solía instruir a sus alumnos en el ardid de la rima asonante y consonante para elegir un buen nombre; era importante que sonara bien y, si fuera posible, que rimara con el de *Sherlock Holmes* u otro ilustre, conocido suficientemente por sus hazañas. En este trance, el profesor se conmovió ante la rima de su propio nombre, Juan, con capitán, y ya de esto, con general.

Más le costó a Juan Antonio Porto elegir el apellido *Blimp*. Si había un general entre generales, ese era el oficial de caballería del ejército de los Estados Unidos George Armstrong Custer. Lo había conocido en el Cine Avenida de La Coruña, su ciudad natal, en 1949; cuando tenía doce años y asistió maravillado a la sesión de *Murieron con las botas puestas* (Raoul Walsh, 1941). “Una de las mejores películas de la historia del cine y eso que nos perdimos muchas cosas”, como suele decir. Sin embargo, al final se decantó por el *General Blimp* y por el ser humano que escondía bajo el uniforme. Recordó que había terminado su clase diciendo que un guionista debe intentar “reflejar la humanidad de los personajes y contar historias donde uno se pueda reconocer”. “Un gran maestro es el que te conmueve”, añadió. Además, había convencido a sus alumnos de la posibilidad de “sublimar el tópico” porque, según había señalado, “un tópico puede convertirse en una situación original”.

Clive Wynne-Candy reproducía estereotipos, pero no era un militar al uso; resultaba simpático, y esta era otra las cualidades que recomendaba a los aprendices de guionista: “mejor, personajes simpáticos”. Aunque el discurso contra el nazismo que

pronuncia *Theo Kretschmar-Schuldorff* al final de la película fue determinante para empezar a firmar como *Juan Blimp*.

“Si permites que te derroten porque no quieres devolver golpe por golpe, porque no quieres ser como ellos, entonces no quedarán más métodos que los métodos nazis. [...] Creerán que eres débil, decadente. Hay quien no aprende nunca; porque habéis sido educados para ser caballeros y deportistas en la paz y en la guerra”, señala *Theo* con severidad dirigiéndose al *General Blimp*.

Por si fuera poco, *Clive Candy* solía referirse al militar alemán como “el hombre que trató de matarme antes de que fuéramos presentados”. Sin duda, ante tal sentencia, los dos —Juan Antonio Porto y *Juan Blimp*— habrían echado mano de su célebre reclinatorio para dedicarle machadianas oraciones.



Instantáneas del *General Blimp*, en el tecnicolor característico de *The Life and Death of Colonel Blimp*.

Juan Antonio Porto se cargó de razones al constatar que el amor del *Coronel Blimp* por *Edith Hunter* (Deborah Kerr) fue un amor frustrado, como los amores capaces de sobrevivir en el tiempo. No en vano y, a propósito de *Madelaine* (Kim Novak), protagonista de *Vértigo* (Alfred Hitchcock, 1958), había escrito: “todo amor imposible es un amor que durará lo que dure la eternidad [...] Una historia de amor es siempre una tragedia de amor” (Porto: 1997: 253-254).

Alguna cosa cierta hay en la *aventi* “Buscando a *Juan Blimp*”. Juan Antonio Porto fue galardonado en 2009 con la Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes por su valerosa defensa del oficio de escritor en todas las facetas. Sus batallas más recordadas fueron pláticas a favor del cantar de gesta, los ideales quijotescos y las lecturas de Shakespeare y Alejandro Dumas que debía haber hecho cualquier aspirante a guionista. Un homenaje escrito al profesor y maestro de guionistas debe incluir alguna referencia a *Edmundo Dantes*, uno de sus personajes más nombrados. Aquí incluyo una, aparecida en una edición de 1932; tal vez, la misma que leyó Juan Antonio Porto con ojos, desde entonces, asombrados.

“Dantes fue lanzado en un vacío enorme, atravesando el espacio como un pájaro herido, cayendo, cayendo siempre con un progresivo espanto que le paralizaba el corazón. Aunque atraído hacia abajo por algún objeto pesado que precipitaba su rápido descenso, le pareció que esta caída duraba un siglo” (Dumas: 1932: 198).

El General Juan Blimp estará siempre al servicio de *Hamlet*, *Príncipe de Dinamarca*, jefe supremo de todos los ejércitos. Gracias, señor.

Bibliografía citada

- Dumas, Alejandro. 1932. *El Conde de Montecristo*. Madrid, Editorial Alhambra.
- Esteve, Llorenç. 2002. *Michael Powell y Emeric Pressburger*. Madrid, Cátedra.
- Fernández-Santos, Ángel. 1988. *Más allá del oeste*. Madrid, El País/Aguilar.
- Marsé, Juan. 2011. *Caligrafía de los sueños*. Barcelona, Random House Mondadori.
- Porto, Juan Antonio. 1997. “Vértigo: Movimiento de rotación”, en *Nikel Odeón*. núm. 8 (otoño), págs. 252-255.